

de la antigüedad, es verisimil que en alguno de estos lugares poblasen Tubal y Tarsis, y no en España, como afirman nuestros historiadores. Pero demos á estos autores que ni Tubal ni Tarsis poblaron en las inmediaciones de los campos de Senaar, sino que se alejaron de aquellas regiones. ¿Por qué habian de venir á poblar á España, que es la última provincia de Europa? No negamos que se extendieron mucho aquellos pobladores, y en poco tiempo viajaron demasiado; pues como no cultivaban la tierra, muchas de aquellas familias dispersas es regular no permaneciesen en un mismo sitio largo tiempo; porque les habia de faltar el alimento de las frutas que producía la tierra por sí misma; y así se verian obligadas á irse á otra parte para buscar la comida. Y este parece fué uno de los medios de que se valió la Providencia para poblar la tierra con la mayor prontitud.

Todo esto parece verisimil; pero al mismo tiempo es regular que si Tubal ó Tarsis se apartaron de las llanuras de Senaar, poblaron en regiones menos distantes, que nuestra España de aquel lugar de la dispersion. ¿Qué motivo ó qué fin pudieron tener para dejar despobladas tantas y tan fértiles regiones, como median entre España y el sitio de donde salieron? ¿Emprendieron el viaje de mas de mil leguas para poblar nuestra tierra por especial afecto que le tenían? ¿Dejarían tantas tierras desiertas por el atractivo de la mayor fertilidad y bondad de clima de la nuestra? ¿Pero qué viajeros les habian dado noticia de la abundancia de minas en España, y de la fertilidad de sus tierras? Ciertamente celebraríamos oír de la boca de nuestros historiadores la respuesta á estas dificultades. Interin juzgamos, que unos señores tan serios y juiciosos como Tubal y Tarsis, no emprenderían viajes tan largos, penosos y arriesgados, por la mera curiosidad de ver los últimos fines de la tierra. Y haciéndoles mas favor que nuestros historiadores, creemos no se molestarian en viajar mucho, no teniendo coches, ni otros bagages cómodos y decentes, para hacer su marcha con tan numerosa comitiva, como refieren nuestras historias.

No juzgamos tampoco verisimil que los primeros pobladores hicieran su viaje por mar; porque no tenemos noticia que hubiera en aquellos primeros siglos mas naves que la arca de Noé su abuelo; y no nos parece esta máquina muy proporcionada para navegar desde los montes de Armenia, donde se quedó cuando cesaron las aguas del diluvio, hasta las costas de Cantabria, provincia en que dicen algunos se estableció primero Tubal; ó hasta las de Andalu-

cia, como quieren otros. No negamos que de la dicha arca tomarian alguna idea para empezar á construir barcos; pero es regular que pasáran algunos siglos antes que pudiera perfeccionarse algo en el arte de construir naves; y es preciso hicieran varias experiencias de estas máquinas antes que se determináran á emprender largos viages marítimos.

Fuera de que es verisimil que cuando empezáran á usar de los barcos fueran sus viages muy cortos; y así irian los pobladores que siguieron este rumbo, fundando pueblos con el mismo orden que los que iban por tierra; esto es, habitando ó poblado primero las regiones mas inmediatas y despues las mas distantes; y últimamente, las mas remotas. De estas congruencias se deduce con claridad, que si Tubal y Tarsis encontraron barcos y tuvieron bastante valor para navegar, no se apartarian mucho de aquellas regiones inmediatas á Senaar; y por consiguiente poblaron tierras muchas leguas distantes de nuestra península.

Y qué pobladores ponemos en España (nos dirán nuestros compatriotas) ya que la desposeamos de los dos mas famosos de que estaba en posesion? Confesemos ingénuamente que ignoramos sus nombres y el tiempo en que vinieron á poblar. ¿Pero cómo lo habíamos de saber si nos faltan enteramente los documentos de aquellos tiempos? Ninguna cosa seria mas fácil que copiar las innumerables fábulas de que abundan nuestras historias ó añadir otras nuevas, fundadas en etimologías y alusiones de algunos nombres de las ciudades de España con los héroes verdaderos ó fingidos de la antigüedad; ó á lo menos entresacar de todas estas fábulas algunas menos inverisimiles, como lo han hecho algunos modernos, y llenar de este modo los grandes vacíos que ha de tener nuestra historia literaria en estos tiempos. Ninguna cosa, repetimos, nos seria mas fácil que esta. Pero ¿qué fruto sacaríamos de semejante trabajo? Mantener al vulgo de la nacion en la ridicula creencia de estas patrañas, y hacernos irrisibles á nuestros compatriotas juiciosos y á los extranjeros. Muy distantes estamos de incurrir voluntariamente en estos defectos y de adular á nuestra nacion á costa de la verdad. Por lo que solo espon-dremos algunas conjeturas en orden á su primera poblacion; que aunque contrarias á lo que afirman nuestros historiadores, nos parecen algo verisimiles.

Parece que la primera parte de Europa que se empezó á poblar fué la Tracia, la Scythia, la antigua Grecia y sus islas adyacentes. Estas últimas tierras ocuparon Javan y sus hijos, según se colige

de la espresion de la Sagrada Escritura (1). De estas regiones no tardarian mucho sus habitantes en estenderse por el Occidente é ir penetrando por las demás regiones de Europa. ¿Pero quiénes fueron los primeros que internándose en esta parte del mundo poblaron la Alemania, Italia, Francia, España y sus islas? ¿Y en qué tiempo lo hicieron?

En cuanto á lo primero no tenemos rubor de repetir que absolutamente lo ignoramos. ¿Y cómo lo hemos de saber si los autores griegos, que mas bien que otros nos podian dar alguna luz en el asunto, no cuentan de sus primeros pobladores sino fábulas y patrañas increíbles? ¿Qué debemos esperar en sus historias de la poblacion de las referidas tierras, si ellos ignoraron el verdadero origen de la poblacion de las suyas? Las tradiciones populares que habia en la Grecia en orden á su origen son enteramente ridículas y despreciables. Los atenienses se lisonjaban ser tan antiguos como el Sol. Los arcades pretendian haber existido antes de la Luna. Los lacedemonios se creian hijos de la tierra (2). De este género son otras muchas fábulas que corrian entre los griegos acerca de su antigüedad. Respecto de esto, consideren los juiciosos la luz que podremos tomar de sus escritos en orden á los primeros pobladores, no solo de nuestra España sino de lo demás de la Europa.

En cuanto á lo segundo tambien ignoramos, no solo el tiempo de nuestra primera poblacion, sino de las demás naciones de Europa por la misma falta de monumentos. Pero como ya hemos insinuado no tardaria mucho en irse poblando la Europa, y penetrar aquellas gentes á nuestra España que es la parte mas occidental de ella; y tal vez seria la última que se poblara.

No nos parecerá muy dificultosa la pronta poblacion de regiones tan estendidas, si reflexionamos el modo de vida que tuvieron los hombres en los siete ú ocho siglos despues del diluvio; esceptuando la nacion santa y algunos otros pueblos, como son el Egipto, la Babilonia, la Asiria y la Media. Este género de vida obligaba á aquellas gentes á mudar continuamente de lugar, no teniendo por consiguiente casas ni habitaciones fijas. Viajaban mucho en poco tiempo; y así es verisimil que se estendieran varias colonias en las regiones de Europa y se fueran fijando en sus provincias, segun la mayor ó menor fertilidad de ellas, y á proporcion de la industria de sus nuevos colonos y de las artes que iban descubriendo poco á poco.

Oh que buenos pobladores se ponen en nuestra España, dirán nuestros compatriotas, en lugar de los célebres héroes Tubal ó Tarsis, y los reyes sus sucesores! Qué? ¿Hemos de reconocer por nuestros primeros gefes españoles á unos salvajes, sin sociedad, sin leyes, sin gobierno, sin policia, sin ciencia, sin cultura, y aun faltos de aquellos conocimientos mas comunes entre los racionales? Y aun poner á España la última provincia que se pobló en Europa?

A primera vista parecerá desafecto á la nacion querer negarle ó ponerle en duda tantas escelencias como nuestros historiadores le atribuyen en estos primeros siglos; pero si se reflexiona algo, se conocerá bien que el afecto y amor á nuestra patria es el que nos mueve para negarle estas glorias fingidas y fabulosas. La amamos mucho. Pero por esto mismo no la queremos manchada con los asquerosos borrones de las mentiras. Estas ficciones no son escelencias sino deshonoras. ¿Y quién dirá que teniendo España tantas glorias y escelencias sólidas y verdaderas, necesita ridículas invenciones y fábulas soñadas para lustre de su grandeza? No ha menester España estos entretregidos de fábulas para tener hazañas prodigiosas que han causado admiracion al mundo en todos los siglos y han ocupado las plumas de los hombres mas sabios. Buenos testigos de esta verdad son los romanos, que en los tiempos de su guerra con España conocieron bien nuestras ventajas y las publicaron algunas veces aun á costa de su misma gloria. Lo mismo han hecho otros extranjeros, principalmente los franceses, que en estos últimos tiempos han celebrado con encarecidos elogios las glorias de nuestros héroes, en lo militar, el gran Capitan y el duque de Alba; y en lo político, el cardenal Jimenez.

Muy lejos estamos nosotros de querer disminuir en un átomo siquiera las glorias de nuestra nacion; antes como verdaderos hijos pretendemos celebrar sus escelencias en parte ignoradas, olvidadas ú oscurecidas. Este es el fin de nuestra obra y á esto se dirigen nuestros trabajos y cuidados.

Muchos años hemos pensado en esto mismo, doliéndonos sumamente de ver sepultados en el olvido los escritos de innumerables hombres sabios que ilustraron en sus tiempos con su doctrina no solo la España sino toda la Europa. Esta parte de la historia de España que ha sido la mas abandonada de nuestros compatriotas, ha arrastrado toda nuestra atencion y nuestro cuidado. No nos lisonjamos desempeñarla como se debe, porque esto pide talentos mas superiores; pero á lo menos á costa de indecibles trabajos y fatigas pretendemos allanar este ca-

(1) Génes., cap. 10.

(2) Guoguet, tom. 4, lib. 1, pág. 427.

mino y señalar este rumbo para que otros ingenios se muevan á perfeccionar esta obra y darle toda la luz de que es capaz. Intentamos escribir la historia literaria, ya para desagravio de nuestra nacion, ya para animar á nuestros compatriotas á que imiten á sus antepasados si acaso se desdennan seguir á los extranjeros. Nos haríamos despreciables á estos y aun á nuestros españoles juiciosos, si en lugar de noticias ciertas ó á lo menos verisímiles, les vendiéramos fábulas groseras y ridiculas. Y lejos de volver por el honor de nuestra nacion, en esta parte oscurecido por negligencia nuestra y por la malicia de algunos extranjeros, les daríamos á estos armas para despojarnos de nuestras verdaderas glorias literarias, y para mantenerse en la opinion que tienen algunos siglos há de nuestra corta literatura y pocos progresos en las ciencias. Tampoco serviríamos á nuestros paisanos, ya porque les debemos sacar de los errores que pueden haber bebido en las fuentes no muy limpias de algunas de nuestras historias; y ya porque no les hemos de poner por modelos héroes fingidos teniéndolos en casa verdaderos.

Por todas estas razones y por el honor de la verdad, que es el alma de todas las historias, protestamos que no adoptaremos voluntariamente ninguna fábula, ni venderemos noticia alguna falsa por verdadera; sino que las propondremos como son en sí, ó como las juzgaremos ser en realidad segun los mejores documentos y los tales cuales alcances de nuestra crítica y discernimiento.

Movidos de estos principios, y faltándonos documentos de los primeros siglos despues del diluvio, no hallamos otros pobladores para España que aquellos hombres salvajes, errantes, sin disciplina, policía ni cultura. Ni nos debemos avergonzar de haber tenido padres tan groseros é incultos, pues tal fué la infelicidad de aquellos tiempos y la suerte de casi todos los pueblos de Europa. ¿Quién creyera que los griegos mismos, estos pueblos ingeniosos á quienes debemos todos nuestros conocimientos, descendian de salvajes, que errantes en los bosques y en la campaña, sin gefe y sin disciplina, no tenían mas albergues que las cuevas y cavernas; y no haciendo uso del fuego ni de los alimentos convenientes al hombre, eran feroces hasta el extremo de comerse unos á otros cuando se les proporcionaba la ocasion? Apenas podríamos persuadirnos á creer la extrema grosería y rusticidad de los primeros griegos, si no tuviéramos por garantes á sus primeros escritores (1). Ellos vivían sin union ni comercio unos con

otros. No habia entre ellos leyes ni potencias superiores que pudieran imponerlas. La violencia lo decidia todo. Un camino tan largo y tan penoso como debia ser originariamente el de Asia á Europa, con la dificultad y tumulto de los primeros establecimientos, sin duda habia hecho perder á la mayor parte de los descendientes de Javan la memoria de los conocimientos que podian haber conservado despues del diluvio.

Este era el carácter de los primeros pobladores de la pequeña parte de Europa que se llama Grecia. Este fué al principio su modo de vida. Y no avergonzándose los autores eruditos de su nacion de conocer en ella estas fábulas groseras, no sabemos por qué se hayan de avergonzar nuestros españoles de confesar las mismas ó mayores si caben en nuestros primeros pobladores.

Nosotros querriamos, pues somos igualmente interesados, que fuese cierto ó á lo menos probable y verisímil que Tubal hubiese sido nuestro primer poblador y que hubiera formado sociedades y pueblos en España, dándoles leyes y gobierno y enseñándoles artes y ciencias, como dicen nuestros historiadores; ó que hubiera hecho esto mismo ó cosa equivalente su sobrino Tarsis. Pero afirmándose estos hechos sin fundamento y sin verisimilitud nos hallamos en la precision de negarlos. Y tenemos la gloria de seguir en esto las huellas de nuestros mas célebres eruditos.

De todo lo cual consta que se ha negado con gravísimos fundamentos que Tubal y Tarsis fuesen nuestros pobladores. Hallándonos sin estos famosos padres, nos hemos visto en la precision de buscar otros. Pero la desgracia é infelicidad de aquellos siglos ha sido la causa de que no encontremos otros mas racionales ni mas cultos que los propuestos. Con estos, aunque salvajes y sin policía, se han contentado los hombres sabios de Francia; se contentarán los demás reinos de Europa; pues no los hallaron mejores para sí los eruditos escritores de Grecia. Por lo que no habiendo otro remedio ni otro arbitrio, es preciso que con los mismos se contente España. Y si algunos de sus individuos pudieren hallarlos mejores y nos los hicieren ver con sólidos fundamentos y conjeturas razonables, los recibiremos con mucho gusto y les daremos las gracias por el hallazgo. Interin nos mantenemos en nuestro dictámen. Y concluimos esta disertacion afirmando que se ignoran nuestros primeros pobladores y carece de fundamento y verisimilitud la opinion de que estos fueran Tubal y Tarsis. (*Historia literaria de España por los PP. Mohedanos.*)

(1) Thucid., lib. 1.

Situación geográfica del paraíso, del monte Ararat y de la torre de Babel.

El primer problema geográfico que se nos ofrece, y sobre el cual se han suscitado muchas discusiones, es la designación del parage en que estuvo el *Paraíso*: opinan unos que en el Asia, cerca del sitio donde después se fundó Babilonia, otros en la Armenia en donde nacen los ríos Tigris y Eufrates, algunos en la Persia. Mas entre las opiniones que le señalan una posición particular, la mas general le coloca hacia el confluente del Eufrates y Tigris que es donde nosotros la designamos en este nuestro Mapa primero.

Cuando empezaron á menguar las aguas del diluvio, el arca de Noé, dice el Génesis, se paró sobre las montañas de *Ararat*. Muchos eruditos creen hallar este monte Ararat en una montaña de la Armenia que hoy lleva el mismo nombre; si bien algunos pretenden que sea una cima de la cadena del Cáucaso, así como otros la colocan hacia las fuentes del Indo. Nosotros la designamos en nuestro Mapa-mundi hemisférico hacia el punto que hemos calificado como de mas exactitud geográfica. Asimismo la *Torre de Babel*, que produjo la dispersion de los hombres, la hemos consignado en el punto en que fué elevada sobre el Eufrates, sitio en el cual fué edificada después la ciudad de Babilonia.

Situación geográfica de la España.— Superficie.—Estratificación de su suelo.—Revoluciones terrestres.—Sistema orográfico.—Fortificaciones naturales.—Clima.—Idioma vascuence.—Costumbres antiguas españolas.—Cultura y civilización.

Situada la *España* en la parte mas occidental de Europa, postrera de las tierras, bñala en su mayor parte el mar: la misma naturaleza señaló los límites á este hermoso país, ceñido por todos lados por el Océano y el Mediterráneo, enlazado por los Pirineos con el continente europeo, y separado únicamente por el estrecho de Gibraltar de la otra península dilatadísima apellidada el Africa. No cabe

posición geográfica mas señalada, ni hubo jamas límites mas patentes. No obstante durante largos siglos, esta tierra tan adecuada para la unidad, no se vió habitada por un pueblo único reunido en cuerpo de nacion; y aun hoy dia, (con sentimiento lo decimos,) el Portugal, á pesar de hallarse embebido en España, háse creado una especial y distinta nacionalidad.

La península hispánica se asemeja á una pirámide que tiene por base las costas marítimas, y cuyo vértice está hacia el centro á una grande altura sobre el nivel del mar. La longitud de la península, de Este á Oeste, es de 220 leguas, y su anchura de Norte á Sur, de unas 190. El desarrollo de su superficie ofrece unas 28,900 leguas cuadradas. El suelo se eleva por escalones y en cada uno de ellos la naturaleza es diferente. Sobre la base de esta pirámide, hacia la desembocadura de los ríos, la temperatura es cálida y templada, la tierra fecunda y bienhechora, los ríos navegables; es una tierra de promisión y de civilización, que debió ser ocupada é invadida antes que ninguna otra: eternos combates asegurarán la posesion de ella á los mas fuertes. ¿Pero qué será de los débiles y de los vencidos? Se atrincheraron al principio en los primeros escalones, en donde los ríos trepan estrepitosamente por entre las rocas, en donde no hay senderos transitables, en donde los montes ofrecen un verdadero laberinto de rocas desnudas ó arbolados, puntas agudas, escarpadas, lugares ásperos, valles profundos, prolongados, inaccesibles, confusos, destrozados por torrentes encajonados en impenetrables desfiladeros, impracticables barrancos, donde pocos hombres son suficientes para detener un ejército; verdadero caos, admirable para la resistencia, terrible para los invasores, por cuyo motivo la guerra puede ser eterna, y las victorias infinitas como los combates. La historia de España es una lucha que jamás se acaba. La naturaleza parece haberlo quebrado así segun la misma ha luchado en este suelo quebrado y desconcertado. ¿Qué terrible sacudimiento ha sido preciso para separar la península de la costa africana! Formidable rotura, cuya huella se encuentra en la punta de Tarifa y en la de Marruecos.

Qué horribles convulsiones cuando se abrió el suelo para dejar salir al Norte este gigantesco muro granítico de 800 kilómetros de longitud sobre 120 de profundidad, árido y penascoso, dominado por el vértice, cubierto de hielos y de nieves del *pico la Maladeta* y al Sud este otro muro paralelo de las Alpujarras con su caos de picos, hielos,

aboraban un solo supremo Ser, y no en templo
 como los griegos y romanos á sus ídolos, sino en
 bosques que le consagraban. Creían que en la obra
 vida hay premios y castigos, y ofrecían sacrificios
 al Ser divino. Conservaron por mucho tiempo gran
 de sencillez en sus cultos religiosos, hasta que por
 haberse mezclado con otras naciones se hicieron
 supersticiosos en tanto grado que llegaron á sacri-
 ficar víctimas humanas. El gobierno de los espa-
 ñoles, mientras la nación no fue muy numerosa,
 era de uno solo; pero ya multiplicada, se dividió en
 reinos pedunes, y parte en repúblicas. En este
 estado se hallaron los cartagineses y los romanos,
 por lo que les fué fácil sujetarla. Se ignoran sus
 leyes; mas parece que las guardaba entre hombre
 y hombre, y ciudad y ciudad, y distrito y distrito.
 se juzgaban en un gran consejo; y el que no que-
 ría someterse á él tenía el recurso de pelear con
 su contrario; lo mismo sucedía entre las ciudades,
 fundándose las celtas en el principio recibido en
 ellos, de que la Providencia siempre dá la vic-
 toria al partido mas justo. Los españoles contaban
 demasiado con su valor, y las armas defensivas les
 parecían insignias del verdadero valor, aunque por
 otra parte conocían bien el arte de la guerra. Sa-
 bían temprar el acero, de modo que no había capa-
 cete que resistiese sus golpes; se alaba su destreza á
 pie y á caballo, y el tiempo que tardaron los roma-
 nos en subyugarlos denota su habilidad y constan-
 cia, pues se detuvieron casi por doscientos años
 antes de sujetarse enteramente; y ya vencidos, fue-
 ron precisos desarmarlos. Esta precaución los obligó tan-
 to que de vergüenza y desesperación se quitaron las
 vidas muchos de ellos. Conocieron el comercio, las
 artes y la industria. Su lengua, que tenía algo de
 hebrea, acordaba que su origen era céltico, pero
 era grave y sonora. Se dice que no escribían his-
 torias, ni ciencias, ni sus costumbres religiosas.
 sino que conservaban la memoria de ellas en por-
 mas que sus poetas, llamados druides, aprendían
 de memoria, transmitiéndolos á sus discípulos.
 La educación que daban á sus hijos consistía
 en acostumbrarlos al alimento y ejercicios propios
 para hacerlos activos y robustos. Una de las gran-
 des bendiciones era morir por la patria, y en esto
 hasta las mujeres daban ejemplo de intrepidez.

aquellos monumentos eternos de su grata memo-
 ria. Y ya que he citado al Sr. Fero, no puedo me-
 nos de copiar el último párrafo de su obra, que es
 una recopilación de lo que dilucidamente prueba
 en su escrito, dice: «Los que hasta aquí han be-
 cho á los primeros pobladores de España el gra-
 vio de considerarlos como unos salvajes sin instruc-
 ción ni cultura en las artes, podrán en vista de
 unos monumentos, cuya existencia en la primiti-
 va España no puede negarse sin temeridad, ceder
 de esta errónea opinión, y defender que la cul-
 ra del Oriente, conservada en la familia de Noé,
 vino á España con sus nietos. Estos trajeron el al-
 fabeto que se ve en nuestras medallas; estos la len-
 gua primitiva ó vascongada; estos las antiguísimas
 escrituras de la Turdetania; y estos, finalmente,
 aunque no trasgocen consigo el uso de la moneda, co-
 mo es de creer, su ilustración y conocimiento á po-
 cos años de su arribo, les hizo producir esta mili-
 tar invención con que hicieron mas fáciles sus re-
 laciones mercantiles, y menos embarazoso su com-
 dal. Pocas naciones pueden gloriarse de unas prin-
 cipios tan nobles como la España; así como son
 pocas las que podrán presentarnos unos monumien-
 tos tan antiguos de esta verdad.

En España existen las inscripciones, en España
 las medallas, y en España, lo que es mas vive to-
 davía en posesión la mas antigua del mundo, la
 lengua, la misma primitiva lengua, que del Orien-
 te trajeron nuestros ascendientes, y que habla
 única y universal en toda la península, nos ofrece
 hoy, en estas reliquias de su antiguo poder, la sa-
 tisfacción de recordar aquellas épocas primeras de
 su venida á estas regiones. »

Los naturales de España observaron la religión
 de Noé constante y exclusivamente hasta la domi-
 nación de los romanos, que lograron introducir el
 politeísmo en varios pueblos: Estaban que mu-
 cho pocos años antes de la venida de Jesucristo, di-
 ce, que aboraban los españoles á un solo Dios: por
 lo que, es de creer que se gobernaban por la ley
 natural, y que sería patricial su gobierno.
 Aquellos pueblos, que estaban muy distantes
 del contagio de los romanos y cartagineses, con-
 servaron por mucho tiempo el valor céltico, las
 costumbres, la lengua, y aun la ferocidad y la re-
 ligión de los celtas, que era la de los patricios:



